

Miljenko Jergović

Ruta Tannenbaum

Traducción del croata de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

 Siruela

Nuevos Tiempos

En la primavera de 1943, la princesa de la calle Gundulíceva, el número no importa, lanzó el hechizo, no se sabe con la ayuda de qué dios, para volverse invisible.

Corrían tiempos en los que las princesas no podían tener mayor deseo que el de la invisibilidad. Y de más está decir cuánta soberbia hace falta para desear cosa semejante.

Ruta Tannenbaum era la campeona de la soberbia en la calle Gundulíceva.

Los techos tenían una altura de cuatro metros y estaban nublados de humo de tabaco. Papá había fumado antes de que se lo llevaran de viaje. Mamá había fumado antes de que se la llevaran de viaje. Incluso el abuelo había fumado, pero a él no se lo habían llevado, sino que había muerto antes del viaje.

Ruta Tannenbaum contaba quince años y no tenía la culpa de los techos nublados. Pero había vivido seis meses sola bajo esos techos terriblemente asustada y por eso deseó ser invisible.

¡Uf, qué soberbia era!

Cuando llegaron para llevársela de viaje, de Ruta Tannenbaum quedaba solo el pie derecho. Todo lo demás era ya invisible.

Pero algo es algo, y vaya si era algo, dijeron los hombres de la agencia de viajes, y acompañaron el pie derecho de Ruta Tannenbaum hasta la estación de trenes de mercancías. Debajo del blanco vestido de la princesa iba un pequeño pie descalzo.

Ya les digo, era para verlo.

La subieron al vagón de ganado. Nos vamos a la India, pensó Ruta Tannenbaum, allí donde las vacas son animales sagrados. Sintió que una húmeda lengua bovina le lamía la sal de la planta del pie derecho. Y esa fue la última vez que rio.

Era soberbia y no demasiado inteligente, esa princesa, pues a quién se le ocurriría pensar en un viaje a la India en la primavera de 1943.

No, el tren se dirigía a Polonia. Estaba oscuro y olía mal, así que la invisibilidad no le servía de mucho contra el miedo. Al fin y al cabo, qué significa para una princesa ser invisible en su vestido blanco, si todos le ven el pequeño pie derecho.

Podríamos decir que vivió así hasta su muerte. Y no sería erróneo. Ruta Tannenbaum no llegó a la India y, en realidad, tampoco llegó a Polonia. Desapareció en algún punto del camino, imaginando que la lengua húmeda de una vaca se le deslizaba por la planta del pie derecho.

Oh, qué soberbia era esa princesa.

Mira el vestido, quizá aún lo lleva puesto. ¿Dónde se ha escondido el pie derecho de Ruta?

I

Corre el año 1920, Salamon Tannenbaum llega al restaurante El Emperador Austriaco, que desde hace más de dos años ya no se llama así, pero al que nadie que lo frecuente, y por lo tanto tampoco Salamon Tannenbaum, llamará Tres ciervos, o sea, su nombre oficial según una ordenanza municipal. Salamon, al entrar, suele lanzar su sombrero de un extremo a otro de la sala, atina en el perchero y grita: Moni ha llegado a El Emperador Austriaco, y los borrachos presentes le contestan: ¡Que Dios bendito le dé larga vida! Y así empieza cada día una más de las largas juergas vespertinas que se suceden en este lugar desde que el ejército del rey Petar liberó Zagreb. No se bebe como celebración, sino porque no hay nada mejor que hacer. Como si se esperara algo sin que nadie sepa lo que es.

Pero aquel día ninguno respondió a Salamon Tannenbaum cuando lanzó su sombrero y gritó «Moni ha llegado a El Emperador Austriaco», sino que callaron, cada uno mirando absorto su copita o su jarra, como si Salamon no existiera, como si no hubiese entrado en el restaurante, y como si no estuviera sentado a su mesa ni mordisqueara la raicita de rábano picante, ni bebiera el *mastika* macedonio ni los invitase, a ellos, sordos y ciegos, a sentarse a su mesa.

—Pero, señores, ¿qué les pasa hoy? —clamó.

Al instante se le acercaron dos hombres, el más alto y bigotudo le pidió el documento de identidad, y el pequeño, más gris y como pegado a su sombrero, le pegó un bofetón a Salamon

Tannenbaum antes de que este consiguiera llevarse la mano al bolsillo. No preguntó por qué le pegaban, ni entonces ni más tarde, en los calabozos de la policía, mientras ellos dos le golpeaban con palos las plantas de los pies haciendo gala de gran destreza y pericia, y él chillaba y se lamentaba a voz en cuello. Sin embargo, con el rabillo de la mente pensaba que le venía muy bien que los muros fueran gruesos y nadie pudiera oírlo, para no tener que avergonzarse delante de gente conocida y poder chillar y lamentarse a su libre albedrío. Lo cierto es que nadie se creyó después que no supiera por qué lo habían zurrado.

¡Ay, Salamon, Salamon, Dios ni siquiera te dio tanta inteligencia como azafrán hay en las gachas de un pobre!

Unos dicen que lo soltaron cinco días más tarde, otros que todo eso no son más que exageraciones y que Salamon Tannenbaum salió de los calabozos de la plaza de Zrinjevac ya al día siguiente, y era inútil preguntárselo a él porque no recordaba nada y porque después del suceso estuvo deambulando por Zagreb durante meses como un chiflado, fingiendo no conocer a nadie. Daba igual que lo hubieran zurrado cinco días o solo una noche, pues lo habían hecho con tanta destreza y pericia que se le había pelado toda la piel de las plantas de los pies. Al final sacó algún provecho de ello, ya que aprendió a caminar sobre las manos. De otra manera aquel día Salamon Tannenbaum no habría podido volver a su casa en la calle Gundulićeva.

Y mientras yacía así, desgraciado, mísero y asustado para el resto de su vida y de tres vidas más, no pudo ver lo que estaba ocurriendo en la estación de ferrocarril y que definitivamente guardaba relación con su arresto. No pudo ver cómo, al compás de los tres himnos nacionales, entraba en la primera vía un tren con tres vagones que llevaba dentro a Alejandro, el heredero del trono de la joven monarquía, acompañado de ayudantes, oficiales adjuntos, almirantes y diferentes ordenanzas, jefes de tribu y puntales del joven Estado nacional, un equipo variopinto rigurosamente uniformado y engalanado al que esperaba el gobernador, el ban de Croacia Matko Laginja, para darle la bienvenida con los ojos llenos de lágrimas y el discurso preparado entre las manos sudorosas. Y mientras el joven príncipe bajaba del tren, el ban

Laginja temblaba nervioso bajo el sol primaveral y horrizado se dio cuenta de que la tinta se había corrido, las letras se habían derretido en el papel, y de que la mano que iba a tender al glorioso príncipe estaba manchada y no era digna de un apretón. Al encontrarse ante Alejandro, Laginja no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Miraba al futuro rey como se mira la muerte. Una situación desagradable, casi comparable con la paliza recibida por Salamon en la planta de los pies; la salvación llegó de mano de la esposa del ban, una mujer siempre decidida y emprendedora. Empujó a Laginja a un lado y se dirigió al príncipe de la siguiente manera:

—¡Alteza, no le ofrecemos el pan y la sal porque ha llegado usted a su casa!

Con estas palabras, ciertamente un poco adornadas para las necesidades del protocolo estatal y sin mencionar el percance sufrido por su marido, la mujer del ban entró en los manuales escolares de historia, y a lo largo de las siguientes décadas la frase sobre la casa de Alejandro sería la vara de medir el patriotismo yugoslavo de la estirpe y tribu croata y de su capital Zagreb.

En lo que respecta a Salamon Tannenbaum, nunca más se le ocurrió mencionar al emperador austriaco, ni siquiera como nombre del restaurante, que de todos modos no tardó en cerrar para dejar paso en su lugar a una ferretería, porque los parroquianos no lograban acostumbrarse a los nuevos nombres, y cada vez que llegaba a Zagreb alguien importante, un ministro, un plenipotenciario del rey o un oficial de alta graduación, algún borracho recibía bastonazos en la planta de los pies por culpa del emperador austriaco.

Desde entonces, Salamon Tannenbaum nunca más volvió a dárselas de valiente y, cuando lanzaba el sombrero al perchero, se esforzaba por fallar al menos uno de cada tres lanzamientos.

Ocho años más tarde, era verano, una larga fila subía por la cuesta del cementerio de Mirogoj llevando el ataúd con el cuerpo del líder del Partido Popular Campesino Croata, Stjepan Radić. Los alrededores estaban atestados de gendarmes, agentes de paisano y todo tipo de soplones, que lo consideraban una buena ocasión para ascender en su carrera. Todos ellos vigilaban aten-

tamente para evitar que algún revolucionario saltara de la fila gritando una consigna contra el rey o la reina, pero no sucedía nada y era aburrido, al menos desde la perspectiva de los policías. Solo se oía el sollozo y el rumor de los pasos lentos de miles de suelas de goma, de cuero o de madera. Para cualquiera que cerrase los ojos, este ruido podía sonar peor que cualquier ofensa al honor de la reina y que los llamamientos para derribar el Estado y el orden público, porque un hombre con los ojos cerrados o un ciego tendrían la impresión de que las personas que habían acudido al entierro eran millones y de que en cada uno de sus pasos se oían desesperación, amargura, odio y venganza.

No queda claro qué asunto había llevado a Salamon Tannenbaum a encontrarse precisamente en aquel momento junto a las puertas de Mirogoj, pero mientras estaba ahí parado y observaba, ora a los polizontes y gendarmes, ora a la columna enlutada, en él se mezclaban diferentes sentimientos. Cuando miraba a la masa y percibía el estrépito de miles de suelas, se asustaba de lo que oía y su corazón empezaba a palpitar de emoción por los polizontes y gendarmes; pero, cuando se fijaba en los ojos de estos últimos, llenos de ese odio especial bajo el cual los huesos reventan y se congela la sangre en las venas, Salamon Tannenbaum se convertía en uno de los campesinos de Lika o de Eslavonia que lloraba la muerte del líder y con los puños cerrados intentaba armarse de valor. Este dilema lo perseguiría hasta el final de sus días y sería su mala conciencia. La sensación que tenía Salamon Tannenbaum era la de estar siempre en el lado equivocado.

Unos pocos meses después del entierro del líder del Partido Popular, Salamon Tannenbaum decidió pedir la mano de Ivka Singer, hija del dueño de una tienda de coloniales de la calle Mesnička. Ivka era la calderilla que queda de un gran comercio. Ya había cumplido los treinta años y se habría quedado soltera si no hubiera sido por Salamon. Y no podía decirse que careciera de atractivo. Así, menuda, de tez blanca y cabello negro como la noche más oscura, parecía una gota de sangre española sobre el asfalto de la calle Ilica. Tenía los ojos más grandes que jamás habían mirado Zagreb. De estos ojos suyos los hombres solían enamorarse, las mujeres burlarse, mientras que los niños, por

alguna razón, se asustaban. Aparecían en sus sueños y poblaban sus pesadillas infantiles, de modo que para la generación nacida durante los años veinte en los alrededores de la calle Ilica los ojos de Ivka Singer serían para siempre jamás la medida del miedo y del horror. Sin embargo, estos miedos infantiles no eran la razón de que ella no se hubiera casado antes. No, al contrario, los ojos de Ivka atraían tanto a los varones casaderos que el viejo Abraham Singer dejó pasar el tiempo con la esperanza de encontrar el mejor pretendiente para su hija.

La lista de todos los enamorados de Ivka Singer sería demasiado larga de citar, aunque a algunos se los recordó durante mucho tiempo, tanto como hubo Singer y Tannenbaum vivos, pero también tanto como duró el placer por los chismorreos de aquellos que los habían conocido. Apenas había cumplido Ivka los quince cuando vino a pedir su mano el comerciante de Dubrovnik Mošo Benhabib, con el que su padre tenía negocios hacía más de cuarenta años, por lo que podía decirse que mantenían cierta amistad. Mošo poseía casas en Dubrovnik y en Florencia, propiedades en Hungría, Eslavonia y en el Banato, y era tan rico como jamás lo sería ningún Singer. Una vez, hacía mucho tiempo, había estado casado, pero eso había sido en la época de juventud, energía y arrogancia, así que a Mošo casi le pasó desapercibido el momento en que su Rikica entregó el alma a Dios. Después de ella no se casó de nuevo porque le faltaba tiempo debido a sus numerosos negocios, pero, cuando fue consciente, ciertamente demasiado tarde, de su vejez –se aproximaba a los ochenta–, deseó tener a alguien que lo despidiera al otro mundo, pariéndole antes un heredero.

–No soy de los que viven eternamente, la pequeña no tendrá que soportarme durante mucho tiempo y, sin embargo, le dejaré tantas riquezas que luego podrá traerse a casa hasta un príncipe de Abisinia –le dijo a Abraham Singer.

Esa noche el padre no pudo conciliar el sueño. Y también pasó en vela la siguiente. Siete días y siete noches Abraham Singer no durmió, para finalmente ir a ver a Mošo y decirle que su Ivka no era para él. Este lo aceptó con serenidad:

–Yo tampoco casaría a mi hija con un viejo –le dijo a Singer–,

no estoy enfadado contigo, todo lo contrario: te deseo que ni tú ni tu bella hija os tengáis que arrepentir jamás de que no se haya casado conmigo.

Sería difícil adivinar cuándo se arrepintió Abraham por primera vez de no haber casado a Ivka con Mošo Benhabib, si fue ya un mes más tarde, cuando Mošo murió repentinamente en Dubrovnik y, como no tenía a nadie ni había dejado testamento, el Estado fue el beneficiario de todos sus bienes, o si se arrepintió más tarde, cuando empezaron a llamar a su puerta los pretendientes pobres.

Mošo Benhabib era un recuerdo amargo en la casa de los Singer y por eso no lo mencionaron, ni siquiera en broma, durante todos los años de guerra y posguerra, mientras se derrumbaba un imperio y se creaba otro, no había nada de comer, la gripe española hacía estragos, se agonizaba y se moría por todos lados de enfermedades y de exceso de salud, y encima no se podía ir, huir, a ninguna parte, ni esconderse, porque no había dinero ni para un billete de barco en tercera clase.

Ay, Mošo, Mošo, por qué no moriste unos años antes y así no hubieras venido a pedir su mano, o por qué no viviste unos diez años más para que no te recuerden por tu fortuna...

El primer pretendiente de Ivka después de la guerra fue el mayor del Real Cuerpo Militar de Sanidad Ismael Danon, nacido en Belgrado, elegante y con buenos modales; pero el viejo Singer lo rechazó también porque le parecía que era demasiado gritón y que si chillaba tanto tal vez no fuera tan elegante. Quizá solo se hacía el educado y, tras prometerle la mano de Ivka, mostraría enseguida su verdadero rostro de patán serbio. Por aquella época a Singer no le impresionaban demasiado los libertadores y unificadores que habían invadido Zagreb y embarraban con sus botas las calles de la ciudad. Temía que sus unificaciones y liberaciones pudieran traer un mal, todavía vago, pero no por eso menos real y horrible. Despachó al mayor en la misma puerta, aguantó las lágrimas de Ivka, porque la pequeña se había enamorado perdidamente del apuesto serbio, y, cuando ya era tarde para todo, cuando el mayor, con el corazón partido, ya había pedido y conseguido un traslado a Skoplje, Abraham Singer casualmente se

enteró por unos trotacalles y confidentes del ejército de por qué el mayor Ismael Danon era tan gritón. En una de esas batallas serbias de Kaimaktsalan o Salónica, después de la explosión de una granada, quedó sordo de un oído y medio sordo del otro, así que gritaba para oírse a sí mismo. Vaya, ¿y por qué no lo había dicho entonces?, se enfureció el viejo Abraham, ¿en lugar de hacerme pensar que mi hija terminaría casada con un alborotador vendedor ambulante de pimientos?, gritó, derribando involuntariamente una gran caja de madera con naranjas que se desparramaron por la tienda, entre los pies de los cuatro trotacalles y confidentes del ejército, esa chusma que durante los cuatro años de la Primera Guerra Mundial perseguían por Zagreb y los alrededores a los desertores croatas del ejército austrohúngaro, para ser ahora los principales seguidores de la dinastía Karađorđe en la ciudad.

–No os pagaré nada –les gritaba Singer–, ya podéis quemar la tienda y hacer añicos el escaparate, no pagaré nada.

Se fueron con las orejas gachas y avergonzados para husmear y espiar por orden de otro, y probablemente también a ellos les sonó extraño lo de quemar la tienda y romper el escaparate. Todavía no había llegado la hora de semejantes cosas, ni a nadie, salvo al viejo Abraham Singer, se le pasaba por la cabeza que podría llegar. Y que no haya malentendidos, tampoco él era una suerte de profeta, sino que tenía los nervios a flor de piel, y a veces enloquecía como presa de un delirio morfínico y tenía visiones que nadie más veía. Dios sabe de qué abuela había heredado esta locura e histeria, pero Abraham Singer era conocido por ellas.

Después del incidente con el mayor medio sordo, pasaron uno o dos años en los que desfilaron pretendientes cuyos nombres y destinos se borraron y eliminaron de la memoria de todo el mundo, y entonces apareció en el umbral del hogar de los Singer Emil Kreševljak, un joven alrededor de la treintena, al que Abraham conocía porque una vez, siendo sacerdote ordenado, había venido para encargar setecientos paquetitos iguales con fruta escarchada y dulce de membrillo para algún orfanato de Bosnia. Necesitó tres días para preparar todos los paquetitos y luego el reverendo Kreševljak lo obligó a deshacerlos para

medir y pesar la cantidad de fruta y de dulce de membrillo que había en cada uno, con el fin de evitar que un niño recibiera un regalo más pequeño que otro. En esta justicia suya había algo de oscuro que no se puede explicar fácilmente, pero que Singer más tarde describiría como una gran maldad hecha de puras obras de caridad. Tres días más necesitó Abraham, bajo la supervisión constante del reverendo, para pesar cada paquetito y comprobar que ninguna frambuesa escarchada tuviera en uno más granos que en otro.

Y de pronto, unos años más tarde, Emil Kreševljak estaba delante de Abraham Singer, con un traje cortado a la última moda parisina, de seda cruda, un pañuelo en el bolsillo superior y un alfiler de diamantes en la corbata, todo bañado en colonia, exponiendo las razones por las cuales el viejo debería concederle la mano de su hija. Lo hacía de una manera pedante, igual que había pesado la fruta y calibrado con la mirada el dulce de membrillo, y Singer lo escuchaba como hechizado, pese a que sabía de antemano que no iba a consentir que su Ivka se fuera con un hombre semejante, ni aun que fuera el último marido y novio del mundo.

Emil Kreševljak presumía de su sacerdocio. Esta vocación le brinda al hombre un sentido de la responsabilidad para toda la vida, pero también un sentido del orden. Dios ama a los ordenados, es lo primero que se aprende en el seminario. Y el hecho de que él hubiera abandonado el servicio de Dios era asunto suyo y de nadie más, ni siquiera de los más allegados a Emil. El misterio que lo lleva a uno a ordenarse es el mismo misterio que lo lleva a colgar los hábitos, a ser otra vez una oveja más del rebaño, filosofaba Kreševljak tejiendo su tela alrededor de la bella Ivka Singer.

La había visto, y pecadoramente se había enamorado de ella, el mismo día que fue por los paquetitos del orfanato.

Al confesárselo el pretendiente, una fruta amarga reventó en el interior de Abraham Singer y se desparramó por sus entrañas. Pero no dijo nada, ni siquiera frunció el ceño, como se fruncen los nervios estomacales, cuando, en primavera y en otoño, los visitan las úlceras crónicas. Si hubiese justicia, ahora pondría de patitas en la calle a ese rebotado de cura, con su voz nasal como si fuera un obispo, y blanducho como un *pan d'Espanya*

poco amasado, para que nunca más volviese, para borrarlo de la vista y de la mente, como borra el alma serena las pesadillas de la noche anterior; pero en este mundo no hay justicia y nunca la habrá, ni para esta ciudad ni para sus habitantes, porque ellos nunca dicen lo que piensan y toda su desgracia proviene de eso. Y cómo va a haber entonces justicia para Abraham, este judío canalla, como lo llamaría la borracha de Roža, si, después de treinta años fiándole, no le diera a crédito, que nunca es devuelto, su botella de vino diaria. Por eso, cuando Emil Kreševljak le confesó que había puesto los ojos en Ivka, a la sazón aún una niña de la que el padre había apartado ya a dos o tres pretendientes, siendo todavía cura, en lugar de echarlo fuera, el viejo Singer lo dejó enumerar todos los motivos por los que él le debería conceder la mano de su hija.

—Corren tiempos duros, señor Singer —suspiraba Kreševljak—, duros, duros, muy duros. Pero lo serán aún más —cacareó como un gallito para enseguida manifestar su preocupación—, sobre todo para los que se han quedado de espaldas a Cristo, y usted, señor Singer, es un buen hombre, y cuida su honra y la de su familia, pero ya sabe cómo son las cosas, la gente está hambrienta, hay pobres a cada paso, y en circunstancias como estas los primeros que salen perjudicados son los hombres como usted. Debe protegerse, señor Singer, esta es su oportunidad: yo me he enamorado de Ivka, por ella he roto mis votos sacerdotales, y no me interesa ninguna otra. Si permite que se case conmigo, usted también se encontrará ante los ojos de nuestro Señor y ya nadie le preguntará qué y quién es y cuál es su confesión religiosa. Si me da a Ivčica como mujer, será usted un hombre libre.

El viejo Abraham escuchó a Emil Kreševljak hasta el final, disponiendo además que se quedara a almorzar y que estuviera sentado junto a Ivka en la mesa de domingo, pero no le dio su mano.

—Podemos seguir siendo amigos —espetó en mitad de la comida—, pero ella no es para usted.

A Kreševljak se le atragantó una alita de pollo y después de toser abrió la boca para decir algo, pero Singer se inclinó por encima de la mesa y le cogió la mano:

–Los huesitos de pollo pueden ser peores que las espinas de pescado. No haga usted que cargue con el peso de su muerte.

Un poco después de haber rechazado al antiguo cura, llegó un pretendiente nuevo, el estudiante Hajim Abeatar. Abraham le preguntó por su familia y él le respondió que sus padres habían muerto, que no tenía otros familiares cercanos, y que con los lejanos había interrumpido todos los contactos. Que no poseía nada, salvo una beca de una sociedad judía de Sarajevo, que le llegaba regularmente, por lo que no sería una carga para nadie antes de terminar los estudios y encontrar un trabajo.

–Y ¿por qué motivo debería dejar que mi hija se casara contigo? –preguntó Singer.

–Pues porque le ha llegado el tiempo de casarse. –Se encogió de hombros el joven.

Le quedó grabado en la memoria por ser el único que no prometía ni pedía nada. Hajim era pálido, con unas facciones poco marcadas, encorvado, ni alto ni bajo, alguien del que es fácil olvidarse enseguida y que nunca sería una carga para nadie, salvo para la sociedad judía que lo becaba.

Quién sabe, quizá hubiera sido el hombre adecuado para la hija de Abraham.

Y luego durante mucho tiempo no hubo nadie, los vecinos ya empezaban a preguntarse qué defecto tenía Ivka Singer para no haberse casado cuando apareció Salamon Tannenbaum.